

- Si esa está ahora representando en Guadalajara.
- Pues entonces es aquel cura que no quiso el retrato porque decia que estaba demasiado molletudo.
- Tampoco.
- ¿Alguno de tus amigos de Roma?
- No.
- ¿Es hombre ó mujer?
- Mujer.
- ¿Y qué tienen que ver contigo las mujeres? Será algún mascarón.
- No por cierto, es muy linda y jóven.
- A ver esa carta—dijo Cecilia con imperiosa gravedad.
- ¿Y tú, Enriqueta, no adivinas de quién es?
- No señor.
- Pues voy á decirlo. Es de una jóven muy bonita, que hará cosa de un mes estaba establecida en Madrid.
- ¿Y la conocemos nosotras? — preguntó Cecilia.
- Mucho... como que solia venir á esta casa con frecuencia, á temporadas todos los días, y muchos de ellos por mañana y tarde.
- ¿Venia á visitarnos?
- Venia á visitarme á mí...
- Federico, —esclamó Cecilia — parece que tienes hoy ganas de fiesta.
- Y cuando estábamos solos... ¿Lo digo?
- ¡Federico!
- Empezaba por desnudarse...
- Tranquílcese usted, madre — repuso Enriqueta dando una pequeña tregua á la amargura que le habia causado la supuesta alegría de su amante.— Ya sé quién es.
- Os he dado tantas señas... — exclamó el pintor.
- ¡Ah!!... ya caigo yo tambien — dijo la madre — es Juanilla.
- La misma.
- ¡Mira tú como voy adquiriendo las habilidades de la señora Inés! Y eso que no sabia yo que se hubiera ausentado de Madrid.
- Tampoco yo lo sabia... Me dijo que iba á casarse con una persona muy rica, y suponía yo que durante lo que llaman los franceses la luna de miel, no queria mortificarse.

—¿Y de dónde te escribe?

—De Gibraltar.

—¡Demonio! ¿Y á qué ha ido á Gibraltar?

—Ha ido con su novio huyendo de la justicia.

—¡Huyendo de la justicia! ¿Y por qué?

—Porque fué una de las dos mujeres que engañaron á cierto poeta que se degolló el mes pasado.

—¿Qué me dices?

—Me cuenta toda la historia en su carta, que viene á reducirse á disculpas tontas y extravagantes. Dice que ella fué la seducida por don Agapito, que así se llamaba el poeta. Que si este se degolló porque había perdido en el juego, ella no tenía nada que ver con semejante ocurrencia, y que huyendo de España solo trató de evitar cualquiera atropellamiento con que pudieran molestarla. Me da también la noticia de que se había casado, pero que á los pocos días quedó viuda por haber muerto su esposo de un navajazo que le dió un íntimo amigo suyo en una taberna. Añade una circunstancia muy chistosa, escuchad: —Y el pintor leyó de la carta el párrafo siguiente: «Pienso volver en breve á Madrid con mi madre, á quien perdí el 2 de mayo de 1808 y he encontrado milagrosamente en esta. A mi regreso recogeré el retrato y lo pagaré al precio que usted guste, pues ha de saber usted que no soy hija de aquel pobre hombre conocido por el apodo de el *tio Palique*, sino de un gran personaje de la corte, á quien mi madre, que está ahora conmigo, puede obligar á casarse con ella.»

—Esa muchacha está loca — exclamó Cecilia.

—Lo mismo creo yo — repuso el pintor. — El crimen que ha cometido le habrá trastornado la razón.

—¿Y piensas contestar á esa carta?

—De este modo — respondió Federico rasgándola y arrojando los pedazos al suelo.

—Me alegro de que hayas recibido ese desengaño — dijo con aire de triunfo Cecilia, aplaudiendo con las palmas la acción de su esposo.

—¿Qué desengaño?

—¿Pues no decías tú que Juanilla era muy honrada?

—Me lo parecía en efecto. Eso quiere decir que no hay que fiarse de apariencias.

—Pues yo siempre la tuve por mala mujer, y me alegro de que se haya ausentado.

—¿Y qué motivo tenias para sospechar de su virtud?

—Uno solo..... el que te sirviera de modelo para tus cuadros. Es preciso no tener vergüenza para hacer lo que ella hacia.

—Y no hallaré otra que tenga unas formas tan perfectas.

—No hay necesidad de que la busques... cópiame á mí.

—Mira, no dices ningun disparate... solo que tienes un poco torcidas las piernas.

—Pues sírvete de las vírgenes de yeso... Lo que es las de carne no volverán á pisar tu estudio.

—Como quieras, no regañemos ahora por tan poca cosa.

Mientras ocurría este diálogo en casa del pintor, otro de mayor interés formaba la conversacion del duque de la Azucena con el honrado viejo Ambrosio. Llevaremos pues el lector al palacio donde vivia aquel personaje, para oír los prudentes consejos que daba el buen criado al orgulloso é inflexible aristócrata.





CAPÍTULO VII.

LA INTERCESION.

Pazzo chi al suo signor contradir vuole,
Sebben dicesse ch'ha veduto il giorno
Pieno di stelle, e a mezza notte il sole.
ARIOSTO.

Sentado en un sillón de un elegante gabinete, estaba leyendo el duque de la Azucena, cuando se presentó en aquel mismo sitio el viejo Ambrosio con dos hermosos ramos de variadas y selectas flores.

—¿A qué vienes con esos ramos?—le preguntó el duque.

—A colocarlos en los jarrones—contestó el criado, y aproximándose al duque, añadió:—Mire usted qué preciosos. Y eso que el haberse prolongado este año el invierno ha retrasado la vegetación.

Recordaremos al lector, que este honrado sirviente había adoptado la costumbre de no dar tratamiento al duque ni al duquecito, cuando estaba con alguno de ellos á solas; pero en habiendo testigos, y aun siempre que se

hallaban juntos padre é hijo, procuraba no olvidarse de darles el tratamiento de *escelencia*, si bien es verdad que inadvertidamente solia faltar alguna vez á esta muestra de consideracion y respeto.

—Son efectivamente hermosísimos— dijo el duque dirigiendo una ojeada inteligente á las matizadas flores.

—Apuesto yo cualquier cosa que de ninguno de los jardines de Madrid se sacan ramos como estos en el día. Francesillas, jacintos, tulipanes, violetas, y hasta lilas, lirios y rosas que no suelen aparecer hasta mayo.

—Es que Andrés es un buen jardinero. Ha estudiado la botánica en el mejor libro... en la misma naturaleza.

—Y lo mejor que tiene es que reúne la honradez á su habilidad. ¡Quiere tanto á su anciana madre!—Y diciendo esto colocaba Ambrosio las flores en dos jarrones de porcelana que ocupaban sendos lados de un magnífico reloj sobre el mármol de una mesa.—¡ Pobres gentes! disfrutan de una felicidad envidiable en medio de su humilde posición.

—Es que media entre ellos un afecto recíproco, una sola voluntad, una armonía en fin, sin la cual no es posible la paz doméstica.

El duque arrojó sobre una silla el libro que habia estado leyendo, y se quedó triste y pensativo.

—Tiene usted muchísima razón— repuso el criado— cuando en una familia hay disensiones no es posible que reine la felicidad.

—Hé aquí por qué ya no puedo ser dichoso.

—¡ Usted! Nadie puede serlo tanto en el mundo.

—No lo creas, amigo mio... Todo se conjura para acibarar mis días.

—¿ Sucede alguna nueva desgracia?— preguntó con sobresalto el buen viejo.

—La conducta de Eduardo... es altamente reprehensible.

—Me asusta usted... Pues ¿ qué ocurre?

—Es un ingrato... Nadie mejor que tú sabe el cariño que le profeso. Mis desvelos, mis afanes, todos mis cuidados se han dirigido siempre á proporcionarle una brillante posición social.

—¿ Y hay en Madrid otra más brillante que la suya?

—He procurado darle una educación esmerada que le hiciera descollar en el gran mundo.

—Y yo me huelgo de ver que se distingue en él, no solo por su talen-

to, sino por sus virtudes. Él no tiene vicios que empañen la nobleza de su corazón.

—Te equivocas, Ambrosio.

—No me equivoco, señor duque. Don Eduardo no tiene mas afán que el ejercicio de la beneficencia... Su mayor placer es consolar al desvalido... enjugar el ageno llanto...

—Y hacer derramar lágrimas de dolor á su padre.

El duque llevó su pañuelo á los ojos.

—¡Llora usted!—esclamó enternecido Ambrosio.

—No... seria una debilidad de mi parte—respondió con altivez el duque.—Debo hacerme superior á sus agravios.

—¿A los agravios de quién?—preguntó el buen criado lleno de asombro.

—Es indigno de mi amor.

—¿Habla usted de don Eduardo?

—Sí, Ambrosio, no merece mis desvelos.

—¿Por qué razón?

—Es un mal hijo.

—Imposible... imposible.

—Un hipócrita.

—¡Un hipócrita el señorito! Solo usted, señor duque, puede pronunciar impunemente semejantes expresiones delante de mí—esclamó Ambrosio temblando de indignacion.

—Escucha y te convencerás de lo que digo. Siéntate.

—Estoy bien así.

—Siéntate—repitió con imperio el duque.

El honrado Ambrosio tomó asiento junto á su amo.

—Tú estás ya perfectamente enterado—continuó el duque—de mi proyecto de los dos enlaces.

—El de usted con la señora marquesa de Verde-Rama y el de don Eduardo con la marquesita.

—Y sabes tambien que en la realizacion de este proyecto cifraba yo las mas hermosas esperanzas.

—Tanto mejor, así las verá usted cumplidas.

—Se han desvanecido ya, mi querido Ambrosio, y todo me anuncia un

sombrío, un insoportable porvenir.

El duque pronunció estas palabras con el acento de la desesperación.

—¡Será posible!— exclamó Ambrosio con sobresalto.—¡El señorito se manifestaba tan contento... tan dispuesto á complacer á usted!... Mil veces he tenido ocasion de oírle elogiar la idea del doble casamiento... ponderar sus ventajas, y aun mostrarse enamorado de la señorita doña Elisa, y como ansioso de que llegue el momento de solemnizar las bodas.

—Tambien estaba yo en la creencia de que aprobaba mi pensamiento; y en efecto así me lo habia manifestado, por cuya razon he contraido sérios compromisos que no me es posible dejar de cumplir.

—Yo estoy en la inteligencia de que, lejos de oponerse á ellos don Eduardo, se prestará gustoso al cumplimiento de lo que es ya un deber sagrado, mayormente habiéndose convencido de que hace de este modo la felicidad de su padre y la suya propia. Siempre le he oido hablar en este sentido.

—Yo tambien; pero nos ha estado engañando horriblemente, y hé aqui por qué he dicho antes que Eduardo es un hipócrita.

—¡Dios mio!

—Mientras me halagaba con su dócil sumision á mis deseos, estaba seduciendo á una jóven indigna de él.

—Eso no es posible, señor duque.

—Él me lo ha confesado todo; y después de haberle prohibido pisar en su vida la habitacion de aquella infeliz, ¿lo creyeras Ambrosio? yo mismo le he sorprendido en ella.

—¿Y qué disculpas alega?

—Que la hija de la marquesa no le ama; que es una coqueta que de todos recibe halagos y á todos prodiga lisonjas... que la otra jóven es un modelo de virtudes.

—Si eso es verdad...

—Son disculpas tontas... invenciones ridículas, hijas de su hipocresía y de su libertinaje. Lo cierto es que se opone á mis proyectos, que se goza en aumentar mis sinsabores, que pretende hacerme faltar á promesas sagradas, hacerme representar un papel ridículo en la sociedad, y sobre todo, amargar el resto de mis dias desvaneciendo las bellas ilusiones que los consabidos matrimonios me habian hecho concebir.

— ¡Pero qué! ¿se opone formalmente á casarse con la marquesita?—

— Con una tenacidad insolente... con una osadía propia de un libertino.

— A pesar de todo eso, don Eduardo no es ni ha sido nunca libertino, y mucho menos hipócrita como usted le supone.

— Es un hijo desnaturalizado, que no solo desobedece á su padre, sino que se goza en acrecer sus infortunios. ¡De este modo galardona el cariño que siempre le he profesado! Si no le hubiera tratado con demasiado mimo, si en vez de un tierno y afectuoso amigo, hubiera hallado en mí un padre severo, no me faltaria ahora á buen seguro al respeto que se debe á la autoridad paternal. ✕

— Las palabras de usted, señor duque, llenan mi corazon de amargura. Yo no puedo creer, cualquiera que sea la conducta del señorito, que haya en ella un móvil de índole perversa. Conozco los sentimientos de don Eduardo como los míos propios. La mentira no cabe en su alma generosa, y cuando él asegura que la señorita doña Elisa no es digna de su amor, así será la verdad; y un padre, señor duque, debe andarse con mucho tiento cuando se trata de la suerte de un hijo.

— Solo faltaba, Ambrosio, que tambien tú te declarases contrario á mis ideas apadrinando la criminal conducta de Eduardo.

— Yo siempre apadrinaré la virtud. Me consta que el señorito es una criatura angelical. Le he visto nacer, no me he separado nunca de su lado, y jamás he notado en él un solo desliz por el cual se le puedan aplicar esas odiosas calificaciones con que usted le zahiere. Verdad es que se manifestaba muy contento con las proyectadas bodas, y aun ansioso de que llegase el momento de celebrarlas. Esto prueba que hubiera tenido un placer en dar gusto á su padre: pero si desgraciadamente ha notado después que la marquesita no merece su amor, la culpa no es suya, ni se le puede hacer á usted ningun cargo por este concepto. Si la señorita doña Elisa y don Eduardo no se aman, seria sacrificarles el empeñarse en solemnizar un matrimonio que Dios no puede bendecir. Ni la señora marquesa de Verde-Rama ni usted pueden holgarse en hacer á sus hijos desgraciados. Lo mejor, señor duque, es que tenga usted una franca esplicacion con la señora marquesa, que se retiren amistosamente los compromisos pendientes, y Cristo con todos.

— Eso es — repuso enojado el duque — y que fracasen mis proyectos de felicidad.

—La felicidad de usted, señor duque, no puede nunca nacer del sacrificio de un hijo tan adorable como don Eduardo.

—De un hijo ingrato, desobediente, que se complace en contrariar todas mis disposiciones, todos mis deseos.

—Pero si no ama á la marquesita ni es de ella amado, aun suponiendo que no haya otro motivo mas que una casual antipatía entre los dos, ¿cómo quiere usted que consienta gustoso en semejante enlace? Si tal hiciera merecería entonces y sólo entonces esa severa calificación de hipócrita con que injustamente le vitupera usted ahora.

—¡ Injustamente !

—Sí señor, le llama usted hipócrita, ingrato y mal hijo porque no sabe mentir... porque dice la verdad. Si no ama á la jóven con quien deseaba usted casarle, ¿ por qué se empeña usted en que diga lo que no siente ?

—Porque su ingratitud, su hipocresía, su maldad está en haberme halagado con su consentimiento para destruir todas mis esperanzas después. ¡ Oh ! yo bien sé todo lo que ha ocurrido, y para que te convenzas de que todo es obra de su libertinaje, has de saber que Eduardo iba á casarse gustoso con la marquesita. Movido de este deseo, presentóse en casa de un pintor para que le hiciese el retrato que iba á regalar á su futura esposa, en quien no veía entonces los defectos con que ahora la calumnia. En casa del miserable artista hay una linda jóven... En una palabra, han sabido engañarle... Mejor diré se ha dejado seducir tal vez con siniestras intenciones.

—Eso es increíble.

—El mismo ha tenido la osadía de confesarme que está enamorado de la hija del pintor.

—Podrá ser así; pero esto no prueba que aliente intenciones siniestras.

—No pueden ser honradas, cuando sabe la distancia que hay de su distinguida posición social á la de un plebeyo artista.

—Es que don Eduardo no adolece de las fanáticas preocupaciones que han hecho la desgracia de su padre.

—¡ Ambrosio ! —gritó el duque dirigiendo una altiva mirada á su criado.

El honrado viejo bajó la vista y se levantó en ademán de retirarse.

—¿ A dónde vas ? — le preguntó el duque.

—A mis quehaceres, señor, — respondió con acento conmovido el pobre viejo. — Un miserable sirviente no debe alternar con un señor duque. *Es un*

loco el que se atreve á contradecir á su amo. Permítame V. E. que me retire.

— Está bien — repuso el duque levantándose, y empezó á pasearse precipitadamente por lo largo del gabinete con los brazos cruzados. — Véte.... Ya sé yo que no me queda nadie en el mundo... Todos me abandonan á mi desgracia.... Hasta los que han ocupado siempre en mi corazón un lugar predilecto... huyen de mí... como se huye de un furioso... de un apesadumado...

— ¡ Señor! — murmuró enternecido Ambrosio.

— Véte... Aquí no haces ninguna falta... Puede darme mi acostumbrado accidente... Puedo morirme aquí sin auxilio de nadie... No importa!... sería una felicidad para todos. Véte... retírate á tus obligaciones.

— Mi primera obligación es tenerle á usted contento — balbuceó entre sollozos el honrado viejo.

— Ya se conoce... Te hago sentar á mi lado para confiarte mis penas... á tí, único depositario de todos mis secretos, y cuando busco en tus honrados consejos un consuelo á mis males... ¡quieres abandonarme! Véte á tus quehaceres.

— No quiero irme — gritó el viejo con resolución. — Todos mis quehaceres están aquí. He dicho antes que mi primera obligación es tener á usted contento... mi mayor placer es corresponder dignamente á las confianzas con que usted me honra. Siéntese usted, y hablemos de nuevo de sus pesares: ¡Cuántas veces he logrado mitigarles y aun desvanecerles del todo!

— Por eso deseaba tener un rato de conferencia contigo... —
— Todo se acabó — dijo Ambrosio aparentando un tono jovial que contrastaba con las lágrimas que asomaban á sus ojos. — Voy á decirle á usted lo que yo haría si me hallára en el caso en que usted se encuentra.

El duque y Ambrosio volvieron á ocupar los mismos asientos que antes.

— Has de partir del principio — alegó el duque mirando con cariño á su criado — qué no puedo ser feliz sin la realización de los consabidos matrimonios.

— Con esa advertencia — repuso Ambrosio — me cierra usted la boca.

— Eso quiere decir que no apruebas un proyecto del cual esperábamos tantas ventajas.

— Esas ventajas han desaparecido en mi concepto desde que sabemos que don Eduardo y la marquesita no se aman.

—Si no se aman ahora podrán amarse después.

—Es muy difícil.

—No suelen ser los mas afortunados esos casamientos que empiezan por una romántica pasion.

—Así es la verdad; yo concibo muy bien que personas indiferentes pueden llegar á amarse con el tiempo si una y otra atesoran prendas recomendables; pero dos entre quienes reina invencible antipatía, deben odiarse mas cuanto mayor sea la violencia con que se trate de obligarles á mostrarse un recíproco afecto que no sienten. ¿Quiere usted que le hable francamente?

—Dí cuanto quieras.

—Pues yo en su lugar de usted renunciaria á las proyectadas bodas.

—Es ya imposible. ¿Y serás capaz de aconsejarme que case á Eduardo con la hija del pintor?

—¿Por qué no?

—Tú estás loco.

—Si ambos se quieren y la muchacha es virtuosa....

—¿Deja de ser la hija de un pobre artista?

—¿Y qué?

—¿Iria á degradar mi nobleza emparentando con un pintor?

—La mejor nobleza es la virtud. ¿No está usted aun escarmentado con las desastrosas consecuencias que le han hecho sufrir sus preocupaciones?

—Mis infortunios nacen todos de haber alimentado una pasion imprudente.... un amor criminal como el que ahora avasalla el corazon de Eduardo.

—Si usted hubiera legitimado aquel amor, hubiera sido el mas dichoso de los mortales.

—No quiero entrar en esa cuestion que mil veces me has suscitado. Defenderias tu necia opinion con ridículos argumentos, y volveriamos á incomodarnos. Quiero ofrecerte esta prueba de que soy mas prudente que tú. Pero ¿qué intentas darme á entender con tu última advertencia?

—Que tiemblo por la suerte de don Eduardo.

—¿Por qué razon?

—Cuando amaba usted á la madre del señorito,—dijo Ambrosio con visible emocion—cuando me decia usted á mí que la adoraba y que no habia poder en el mundo capaz de hacerle renunciar á sus encantos, ¿hubiera dejado de amarla por obedecer á su padre?

—Yo estaba enteramente libre; habia perdido á mis padres muy jóvenes.

—Pero quiero suponer que hubiera vivido entonces su padre de usted y se hubiera opuesto al amor que sentia usted por la madre de don Eduardo, ¿qué hubiera usted hecho?

—No lo sé.

—Yo sí.... Yo que era testigo de su frenética pasion, digo que no hubiera usted podido renunciar á ella. Pues bien, si el señorito ama como usted amó en otro tiempo, no le será acaso posible extinguir de su pecho la llama que le devora. Si obedece á su padre hará un sacrificio que amargará todos los dias de su existencia. Si su amor vence, será un amor ilegítimo; y nadie sabe como usted, señor duque, las consecuencias de una pasion bastarda.

—No parece sino que te goces en acibarar mis tormentos.

—Es preciso poner el dedo en la llaga para aplicar á ella un bálsamo saludable. Todas estas desgracias se pueden evitar aprobando y bendiciendo el amor que don Eduardo profesa á la jóven desconocida, suponiendo que por sus virtudes merezca tal distincion.

—No puede nunca merecerla por su nacimiento. No dices mas que desatinos, Ambrosio. ¡El hijo único del duque de la Azucena casarse con la hija de un artista... de un plebeyo cualquiera!

—Pero....

—¡Calla! He tenido sobrada prudencia para escucharte.

—Como usted me pedia consejos....

—Verdad es; me figuraba que el afecto que me tienes y tu larga experiencia podrian indicarme el medio de hacer entrar en razon á Eduardo; pero tú lo entiendes todo al revés, y tratas de alucinarme como si fuera yo un niño. No quiero eso, Ambrosio. Has de saber que el duque de la Azucena jamás ha faltado á sus compromisos. Los que tengo contraidos con la marquesa de Verde-Rama son graves en demasia para que me desentienda de ellos. Aunque no mediáran otras razones, son harto poderosas para que no desista de mi empeño. Se verificarán los casamientos á todo trance, y no puedo consentir que censures mi resolucion con despreciables sandeces. Es una resolucion irrevocable.

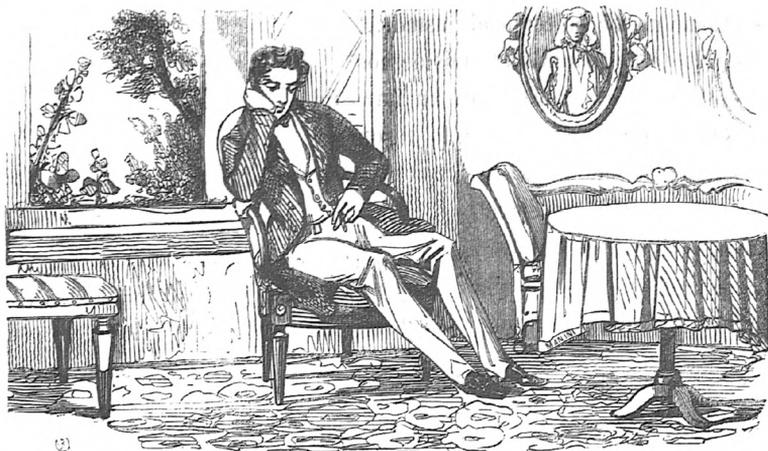
—Siendo así ¿por qué deseaba usted una conferencia con este pobre viejo, de quien no puede usted oir mas que majaderías y chochees?

- Yo sé que Eduardo te respeta.
- Me quiere... y no hace mas que corresponder al cariño que le profeso.
- Sé que hace caso de tí.
- Mas que su padre.... Nunca me ha dicho que sean sandeces mis consejos.
- Tanto mejor. ¿Estabas acaso enterado ya de sus amores con la hija del pintor?
- Usted me ha dado la primera noticia de esta ocurrencia.
- Mis sospechas no deben ofenderte. Eduardo te quiere; no seria extraño que te dispensára su confianza, y como veo que tomas con tanto calor la defensa de sus desaciertos....
- Yo defendiendo lo que me parece razonable porque deseo que sean ustedes felices y Cristo con todos.
- Ya lo sé, buen Ambrosio; pero sírvate de gobierno que no puede haber felicidad en esta casa sino llevando á cima los proyectados enlaces. Bajo este supuesto exijo de tí una prueba de afecto.
- Disponga usted.
- Es preciso que ahora mismo hables á Eduardo, sin que entienda que lo haces por indicacion mia. Tú tienes sobre él un ascendiente que me lisonjea de un buen resultado. Si logras reducirle á la razon, jamás olvidaré que te seré deudor de mi dicha. ¿Y no será una satisfaccion para tí el hacerme feliz?
- Daria mi vida por alcanzarlo.
- Si logras que Eduardo se allane á mis deseos.... todos seremos dichosos y te deberemos á tí nuestra felicidad. Anda, amigo mio.... Te aguardo aquí.... Me entretendré leyendo, hasta que vengas tú á tranquilizar mi angustiado corazon.
- Pero....
- Has de hacerlo.
- Lo haré, pero....
- No hay peros que valgan.
- Es que...!
- Anda, no pierdas tiempo.
- ¿Y en qué sentido he de hablarle?
- ¿Ahora me sales con eso?

- Como no me ha explicado usted.....
 — ¿No te he manifestado mis deseos?
 — Es decir que quiere usted un imposible.
 — Quiero que le reduzcas á la razon.
 — ¿Consintiendo en casarse con una mujer á quien no ama?
 — ¿Quieres complacerme?
 — Voy allá, señor.

El honrado viejo se dirigió al aposento del duquecito enjugándose las lágrimas que habia hecho brotar de sus ojos la afectuosa y humilde súplica del orgulloso duque de la Azucena.





CAPITULO VIII.

EL BÁLSAMO DEL CORAZON.

Nihil est enim amabilius virtute: nihil, quod magis allicit homines ad diligendum: quippe cum propter virtutem et probitatem eos etiam, quos nunquam vidimus, quodammodo diligamus.

CICERON.

Habian trascurrido unos veinte días desde que el duque de la Azucena sorprendió á su hijo en casa del pintor.

El amor verdadero, el amor que ha germinado con pureza y arde en un pecho noble exento de falsía y doblez, el amor que por vez primera avasalla al hombre en lo mas lozano de su fogosa juventud, lejos de amortiguarse ante obstáculos al parecer insuperables, crece hasta el extremo de tomar tan colosales dimensiones, que no hay peligro que no arrostre impávido, no hay imposible que no se atreva á vencer. El afan de extinguirle es inútil. Si le-

vantais diques para contener un torrente impetuoso, acreceis su fuerza. Si tratais de ahogar un incendio bajo el peso de aglomerados escombros, añadís combustibles al elemento devorador. Así mismo los que pretenden contener el curso de una voluntad resuelta y apagar el fuego del amor con violentas medidas, atizanle mas y mas hasta convertirle en frenética pasión, en una pasión desencadenada que es el torrente que rompe sus diques; que es el incendio que todo lo consume.

Desde el infortunado instante en que la candorosa Enriqueta, obediente á los mandatos de su padre habia declarado al duquecito que no seria suya ínterin no alcanzase el consentimiento del duque de la Azucena, desde que el virtuoso Federico habia ratificado esta cruel sentencia, despidiendo además de su humilde morada al vástago ilustre de aquel altivo personaje, desde que el mismo duque profanó con osadía el recinto de la gloria y del talento para insultar á la pobreza y á la virtud, estaba el jóven don Eduardo como loco, siempre triste y meditabundo; pero amaba á Enriqueta mas que nunca, y no tanto por respeto al severo y terminante mandato de su padre, como por temor de disgustar á su ídolo y por veneracion á los deseos del honrado artista, se abstuvo de seguir los impulsos de su ardiente pasión. Habia logrado vencerla hasta entonces; pero de dia en dia sentia su corazon mas lacerado. Erale ya insoportable la vida sin ver á Enriqueta... sin saber al menos si le merecia un recuerdo de compasion.

Por fortuna su prótegida Inés habíase encargado voluntariamente de satisfacer esta acerba ansiedad; y hasta el dia siguiente á las nueve de la mañana; no debia tener el enamorado jóven una entrevista de la cual dependia su porvenir. Lo habian acordado así porque era la hora en que podian hablar sin testigos, pues desde el anochecer, tanto la señora Cipriana como su hijo Andrés, el jardinero, solian hacer compañía á su huésped.

Sumergido en melancólicas reflexiones estaba don Eduardo en su aposento sentado junto á una ventana que daba al jardin; cuando se le presentó el buen Ambrosio; bañados aun los ojos por las lágrimas que acababa de verter.

—¿Qué tienes?—le preguntó el duquecito con solícito afecto.

—Nada—respondió el pobre viejo dando un suspiro.

—¿Nada y veo lágrimas en tus ojos? Háblame con franqueza: ¿de qué nace tu afliccion?

—Acabo de tener una conferencia con su padre de usted.

- ¿Con mi padre? ¿Y qué?
- Su padre de usted, señorito, hace justicia á mi lealtad... corresponde mejor que usted al cariño que le profeso.
- Siéntate, amigo mio, y espícame el motivo de tu reconvenccion, y de tus pesares. Yo no quisiera que tú ni nadie en el mundo padeciera.
- Sin embargo, no parece sino que se complazca usted en hacer desgraciados á los que mas le quieren.
- ¿Por qué dices eso?
- Porque veo al señor duque sumido en el dolor; pero dolor tan profundo que pondrá sin duda término á su existencia.
- ¡Oh! ¡no le permita Dios!
- No ignora usted su dolencia habitual... esa horrorosa é incurable enfermedad que otras veces le ha puesto al borde del sepulcro.
- Me estremeces, Ambrosio.
- Es una úlcera que sus padecimientos han hecho en su corazon.
- Yo daria mi vida por verle recobrar su salud.
- ¡Palabras huecas!....
- ¡Ambrosio!
- Permitame que no crea en semejantes exclamaciones, cuando las véo en contradiccion con su conducta de usted.
- ¡Ay amigo amigo! yo soy aun mas desgraciado que mi padre. Él pudiera ser dichoso y hacer mi felicidad; pero víctima de fatales preocupaciones, se ha convertido en tirano de un hijo que le ama sinceramente. Su crueldad me hace infeliz y labra al mismo tiempo su desdicha. Créeme, Ambrosio, los pesares que nos agobian á todos, nacen de la inexorable severidad de mi padre. Exige de mí un imposible....
- He dicho antes que su padre de usted hace mas justicia á mi lealtad.
- No te comprendo.
- Confía á mi honradez y cariño todos los secretos de su alma.
- Verdad es que no te he revelado los míos.... la ocasion no se ha presentado; pero lejos de tener el menor inconveniente en abrirte mi corazon, me holgaré como otras veces en confiarte mis amargas cuitas. Mi padre te habrá indicado algo de la causa de nuestras desavenencias.
- Me ha dicho que después de haberse usted adherido gustoso al proyecto de los dos matrimonios, después de haber hecho alarde de su amor á

la señorita doña Elisa, después de haber permitido que se contrajesen compromisos muy graves, hasta fijar la época de las bodas, renuncia usted de repente al proyecto de su padre y opone á él una desobediencia chocante, que contrasta de un modo indigno con los amorosos afanes con que el señor duque ha tratado siempre de proporcionar á usted toda suerte de venturas.

—Jamás desconoceré los desvelos con que mi padre ha procurado en todas ocasiones mi bienestar, y seria una horrible ingratitud de mi parte, corresponder á sus beneficios con hipócritas apariencias. Yo no sé aparentar lo que no siento, Ambrosio.... En medio de una córte corrompida nunca he podido aprender el arte de mentir, y cuando aprobaba las bodas en cuestion, ansiaba el momento de verlas realizadas, no solo por el placer de dar gusto á mi padre, sino porque creí que Elisa era digna de mi amor, que me amaba, que llegaría á amarla yo tambien; y mas que todo, ya que he de darte pruebas de la entera confianza que me inspiras, porque trataba de vengar un soñado agravio, y lanzar de mi pecho un indigno amor que empezaba á avasallarle. Seria prolijo en demasía el entrar en minuciosos é inútiles detalles. Baste saber que después de contraidos los compromisos pendientes entre la marquesa de Verde-Rama y mi padre, una aglomeracion de imprevistas circunstancias hacen de todo punto imposible mi casamiento con Elisa.

— Ya lo sospechaba yo.

—Oye, Ambrosio: tú sabes que odio la murmuracion y no irás á recelar que trate de amancillar la reputacion de una dama para defender mi conducta. Me conoces demasiado para que tenga necesidad de sincerarme. Te diré con la misma claridad que lo he dicho á mi padre, que Elisa no ha correspondido á mis esperanzas. Lejos de encontrar en ella las virtudes que tanto me ponderaba mi padre, conocí que adolecia de ciertos defectos, que si en el gran mundo se perciben, suelen celebrarse como encantos de una coquetería de buen tono, que no creo yo capaces de inspirar un amor virtuoso. Conocí además que no me amaba....

—;Pues!...lo que yo decia...

—Hay mas.... Te he dicho que trataba de vengar un agravio..... de vencer una pasion naciente que me habia parecido indigna de mí. El agravio no habia sido mas que una torpeza mia... una mala inteligencia..... En una palabra, Ambrosio, Enriqueta, la jóven á quien amaba, es hija de padres

pobres, pero muy honrados, hermosa como un ángel y dotada de talentos y virtudes.

— Todo lo comprendo, la pobreza es un crimen.

— ¿Y qué me importa á mí que sea ella pobre si me sobra el oro? Lo que me conviene es una mujer de bien.

— ¿Pero cuál es el blason de su nobleza?

— La virtud — respondió sin titubear y en tono solemne don Eudrdo. — *Virtud y probidad* es lo que busco, *no hay cosa mas digna de amor.*

— ¡Muy bien! — dijo Ambrosio con entusiasmo, y como si después le avasallara una idea triste quedóse meditabundo.

— ¿En qué piensas? — le preguntó don Eduardo.

— ¿Tiene usted presente, señorito, la historia de los amores de su padre?

— La llevo grabada en mi corazon. Mi adorada madre era una pobre mujer.

— Era un ángel... lo repetiré mil veces.

— Enriqueta es pobre tambien y es otro ángel á quien adoro.

— Su padre de usted adoraba á la pobre niña... ¡y la abandonó!

— Yo la haré feliz... la haré mi esposa... porque no soy un aristócrata altivo como mi padre... — Y aproximándose al oído de Ambrosio, añadió de una manera significativa: — yo soy un pobre huérfano.

— Usted, señorito — replicó el criado — es mas noble que todos los palaciegos de Madrid. La nobleza del alma es hija de la Divinidad.

— Ahora que todo lo sabes, amigo mío, espero que no me juzgarás culpable.

— Nunca he creído que usted lo fuera.

— Pero atribuías á mi conducta el mal humor de mi padre.

— Ahora veo que es hijo de su injusticia, de su severidad, de sus preocupaciones; pero no por esto debemos dejar de buscar un remedio al inminente peligro que amenaza su vida.

— ¡Oh! sí, Ambrosio, sí... es preciso que mi padre se salve.

— Si usted se siente con valentía bastante para hacer el sacrificio de su amor...

— Tal vez le hiciera cuando no hubiese otro remedio; pero lo he reflexionado todo, amigo mío, y estoy persuadido de que en tal caso los resultados

serian tambien desastrosos. Suponte, Ambrosio, que á fin de salvar y dar gusto á mi padre empiezo por engañarle vilmente, y me allano á sus deseos suponiendo que son tambien los míos. ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de enlazarse con una mujer á quien no se ama? ¿Qué felicidades pueden prometerse de una esposa que no ama á su marido? ¿Cuál debe ser el galardón del que miente ante los altares de Dios? El que siembra crímenes no puede recoger mas que infortunios. ¿Y crees tú que alcanzaria mi padre la consoladora dicha que allá en sus ilusiones ha concebido, si viera germinar toda clase de sinsabores al resplandor de la tea nupcial convertida en tea de la discordia?

— De ningun modo, señorito... El desamor no puede nunca enjendrar la paz doméstica.

— Y en este caso ¿qué es lo que debemos hacer para dar la salud á mi pobre padre?

— No lo sé. Si pudiéramos hacerle conocer que no tiene razon...

— Es imposible. Le horroriza la sola idea de casar á su hijo con la hija de un pintor.

— Lo que hemos de demostrarle por ahora, es la inconveniencia de las dos bodas proyectadas. El tiempo es un hermoso elemento para triunfar de todo. ¿Quiere usted seguir mis consejos, señorito?

— Habla.

— Pues yo en lugar de usted fingiria allanarme á los deseos del señor duque.

— Nunca supe fingir — respondió don Eduardo terminantemente.

— Se trata de salvar la vida de su padre de usted, y para ello no exijo yo un engaño criminal, sino una leve y virtuosa ficción.

— Espíciate.

— Su padre de usted nos está aguardando.

— ¿A nosotros?

— Le he prometido alcanzar el consentimiento de usted para la realizacion del consabido proyecto.

— Eso es imposible.

— Sin esta promesa hubiéramos tenido un nuevo susto. Empecé á notar los síntomas precursores de su horrible accidente, y pude contenerle con el bálsamo de una halagüeña esperanza. Pues bien, este bálsamo que es el que

tantos prodigios alcanza en su enfermedad, debemos suministrarle á todas horas para lograr el completo restablecimiento de su salud.

—Eres muy discreto, Ambrosio.

—Diga usted que soy muy viejo... me he instruido en el gran libro de la experiencia.

—Prosigue. ¿Qué debemos hacer?

—Se viene usted conmigo á la presencia del señor duque.

—¿Y luego?

—No quiero que usted mienta ya que tanto le repugna; hablaré yo solo, usted otorgará callando, con los ojos humildemente clavados en el suelo, y Cristo con todos.

—Pero ¿qué dirás tú á mi padre?

—Allá lo veremos... no sé ahora lo que podrá ocurrírseme... El caso es ganar tiempo. Le halagaré con bellas esperanzas.

—No satisfarán su deseo.

—Me lisonjco que sí. ¿Recela usted algo de mi indiscrecion?

—No por cierto.

—Es que usted estará presente para corregir cualquier torpeza mia. ¿Desea usted reconciliarse con su padre?

—Lo deseo vivamente.

—Pues sígame usted.

Un momento después hallábanse reunidos en el gabinete del duque de la Azucena, este, su hijo y el fiel Ambrosio. La primera intencion del duquecito fué arrojarle á los piés de su padre y besarle afectuosamente la mano; pero se contuvo al ver el continente severo del duque, y no quiso hacer una demostracion, que siendo únicamente impelida por el amor filial, hubiera acaso parecido una solicitud de perdon. Don Eduardo no se creia culpable, y juzgó mas digno de su inocencia permanecer respetuosamente silencioso ante el ceño adusto de un padre, que tan sin razon abusaba de su autoridad.

El buen Ambrosio no acertaba á tomar la iniciativa en aquella delicada conferencia: pero viendo que después de un breve silencio, durante el cual mostróse don Eduardo inmóvil, con la vista humildemente clavada en el suelo, mientras el duque se levantaba como para ausentarse de aquel sitio, exclamó con voz tímida:



(7.)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)



— ¡Señor!

— ¿Qué quieres? — le preguntó el duque.

— Tanto el señorito como yo deseamos hablar á V. E. de un asunto importante.

— Podrá ser; pero veo que Eduardo guarda su acostumbrado silencio.

— ¡Padre!... — balbuceó el afligido jóven.

— ¿Vienes á darme un nuevo pesar?

— Bien sabe Dios que nunca ha sido mi ánimo ofender á usted.

— Ya lo oye V. E.... Don Eduardo no ha pensado jamás en dar á V. E. el mas leve disgusto, y esta declaracion sincera es un fausto preludio de reconciliacion.

— ¡No ha querido jamás ofenderme y llena de amargura todos los instantes de mi vida! Cuando cifraba en él todas mis esperanzas, cuando no tenia otro afán que el de proporcionarle la mas brillante posicion en la córte y verle feliz... porque de su felicidad depende mi dicha, destruye todos mis proyectos y se abandona á un amor insensato que amancilla nuestra nobleza! Esto es inaudito.

— Considere V. E. — repuso Ambrosio — que el señorito no ha vuelto á pisar la casa del pintor.

— Yo mismo le sorprendí en ella pocos momentos después de habérselo prohibido — exclamó enojado el duque.

— Ya le dije á usted, padre, que solo fui para despedirme de una honrada familia á la que debia singulares favores — alegó el duquecito.

— ¿Qué mas quiere V. E. — exclamó con aire de triunfo el viejo Ambrosio. — Fué solo á despedirse... esto quiere decir que estaba el señorito dispuesto á prestar ciega obediencia á los mandatos de su padre.

— ¿Y cómo disculpa sus desaires á la marquesita? — preguntó el duque.

— No ha recibido ningun desaire mio — repuso don Eduardo. — Conozco bien la consideracion y respeto que se merece una dama, y gracias á las bondades de usted, he recibido una educacion que no me permite ser grosero.

— Lo has sido con la marquesa.

— Me culpa usted injustamente, padre.

— ¿Pues por qué dejaste de concurrir á sus salones?

— Porque recibí en ellos un desengaño. Ya le dije á usted otra vez que Elisa no me ama.

—Elisa está resentida de tus desprecios, y no es extraño que aparente desamor. Dí que esa familia miserable y plebeya, cuya virtudes me has ponderado ya mil veces con una insolencia que me ofende, logró fascinarte.

—Vamos, vamos, acábase todo ya de una vez—esclamó Ambrosio con intento de interrumpir el odioso giro que iba tomando la conversacion. —Todo ello ya pasó. Don Eduardo me ha prometido hacer los mayores esfuerzos para complacer á V. E.

—A mí no puede complacerme sino casándose con la marquesita y olvidando para siempre á la hija del pintor.

—En cuanto á la segunda parte — prosiguió el honrado viejo— estamos conformes.

Don Eduardo lanzó una mirada de desaprobacion á Ambrosio, que por fortuna no fué apercibida por el duque.

—¿Renuncia á su insensato amor?—preguntó el duque con agradable sorpresa.

—He dicho antes—repuso Ambrosio—que don Eduardo hará lo posible por dar gusto á su padre; pero tambien es justo que el padre no abuse de su autoridad.

—¿Tratas de reprenderme?

—No señor, yo me guardaré muy bien de faltar al respeto de V. E.; pero creo que mis años y mi cariño, me dan algun derecho á poder hablar con la franqueza de la honradez.

—Prosigue.

—¿Me da usted permiso para hablar con claridad?

—Hace años que te has tomado tú esa licencia.

—¿Pero me la niega usted ahora?

—No.

—¿Y se enojará usted si digo la verdad?

—Habla sin rodeos.

—¿Con franqueza?

—Como gustes, con tal de que sea pronto.

—Yo creo que si efectivamente la marquesita no ama á don Eduardo...

—Eso es una ridícula invencion.

—Pero supongamos que sea una verdad.

—Sería una horrible desgracia.